

LA ORACION DEL JOVEN.

Era la tarde, y ya la faz dorada
 Del sol, desaparecía,
 Alumbrando la cúspide sagrada
 De una rústica iglesia retirada
 Entre el follaje de arboleda umbría.
 Del caluroso día los ardores
 Templaba el fresco viento;
 Y el cielo, de hermosísimos colores
 Ornado, y el aroma de las flores,
 Difundían de paz un sentimiento.
 Los ecos de una música lejana
 Llegaron á mi oído,
 Y el pausado sonar de una campana,
 De Dios en la morada soberana
 A penetrar yo me sentí impelido.
 Presto senti la célica influencia
 En aquel lugar santo;
 Jehová se complace en la inocencia
 De agreste turba que ora en su presencia
 Vertiendo humilde y fervoroso llanto:
 Ante las plantas puras de María
 La sencilla aldeana
 Fragantes flores colocado había;

De las rosas y lirios se veía
 Aún el esplendor de la mañana.

El humo del incienso que reciente
 Ondeaba medroso,
 Alzándose con giro reverente,
 Perfumando de aromas el ambiente,
 Persuadía á mi espíritu el reposo.

El anciano trocando sus temores
 En süave confianza,
 El pobre dando tregua á sus dolores,
 Endulzados crüeles sinsabores,
 Exhalan un suspiro de esperanza.

Ante ese altar do la salud recibe,
 A la Reina del cielo
 Ruega una madre que á su hijo cuide
 Y que los yerros de su edad olvide
 Y moje blanda lluvia ardiente suelo.

Alguna joven, de su madre implora
 El alivio á las penas,
 Y henchida el alma de inocencia llora,
 Un niño con pureza encantadora
 Pide quizá lo que comprende apenas.

Siento mi corazón enternecido
 A lenguaje tan tierno;
 Animando mi espíritu abatido,
 En alas de tristísimo gemido,
 Por fin alcé mis preces al Eterno.

Como bajel sin piloto
En el mar de mis pasiones,
Burla de mis ilusiones,
¿Para dónde habré de ir?

Consuelos en vano busco
En los goces mundanales;
Muy luego crecen mis males
Y torno á ser infeliz.

Del alma siento en el hondo
Aspiración infinita
Y tormentosa le agita
Hambre de felicidad.

Si no mitigas, Dios mío,
Este imperioso deseo,
Ya desde ahora me veo
En el abismo parar.

Pura Doncella, que fuiste
El ideal de mi infancia,
En el bien dame constancia
Y paz á mi juventud.

De mi madre á los afanes
Da, Señora, recompensa
Y á sus méritos dispensa
Del justo la eterna luz.

En mi loco desvarío
Insensible ví su llanto;
¡Perdonadme, cielo santo!
Que es profundo mi dolor.

Esa madre cuyas penas
Ocasione tantas veces,
De mí se duela, y sus preces
Alce al enojado Dios.

De los lejanos montes ya se oía
Retumbando venir el ronco trueno;
Salí de orar, y ya el espacio lleno
De amenazantes nubes se veía.

Poco después, la tempestad bramaba,
La lluvia desatándose á torrentes;
Yo, que vertía lágrimas ardientes,
El mío al lloro celestial mezclaba.

Morelia, Marzo de 1861.

EL CAMPO.

SONETO.

Huyó la tempestad; limpio está el cielo,
 Sopla el aura süave, embriagadora,
 Dora el sol la llanura, el monte dora,
 Tiende el ave viajera raudo vuelo.

Con qué placido afán y qué consuelo
 Contempla el labrador hora por hora,
 Esa gala del campo, que enamora,
 Que puso, en esperar, todo su anhelo.

¡Oh! qué inmenso gozar es el que tiene
 Quien busca en soledad á la Natura,
 Y en gustar de sus dones se entretiene;

Si en la ciudad se encuentra en amargura,
 La ciudad abandona, al campo viene,
 Y en él halla la paz y la ventura.

México, Octubre de 1876.

POESIAS FÚNEBRES.

EPITAFIO.

UNA MADRE A SU HIJO.

¡Muertel qué vale tu potencia impía,
 Si el alma vive de mi dulce hijo;
 Creyendo espero ese momento fijo
 De verle alzarse de la tumba fría.
 Mas, entretanto, un día y otro día
 Paso en la pena y en amargo lloro,
 Fuera del mundo mi único tesoro.....
 ¡Ay! cuán intenso es el amor materno.
 ¡Oh pasajero! por el bien eterno
 De ese mi hijo, tu piedad imploro.

Morelia, 1864.

EPITAFIO.

A UNA ESPOSA.

Aquí su cuerpo, su ánima en el cielo;
 ¡Acabe mi dolor! La Fe me dice,
 Que su alma al cuerpo tornará felice;
 Era una esposa de virtud modelo.

Morelia, 1870.

A LA MEMORIA

DEL SEÑOR

FRANCISCO VILLARREAL BARRERA.

LOS ALUMNOS DEL INSTITUTO CIVIL DE C. VICTORIA.

SONETO.

Credo quod Redentor meus vivit (Job).

Esa Cruz..... de perdón y de consuelo,
 De esperanza y piedad emblema santo,
 Plantamos hoy en medio á nuestro llanto,
 ¡Oh caro amigo! en medio á nuestro duelo.
 ¡Breve ha sido tu día, negro velo
 Vino á traerle presto desencanto!
 Mas..... cómo alivia este mortal quebranto
 Esa Cruz do muriera el Rey del Cielo.
 De tu sepulcro el suelo cubra Ella
 Y brille como faro en noche oscura,
 Como la luz de la polar estrella.
 Si fué grande por tí nuestra amargura,
 Sea mayor ese confiar profundo
 De que te salve el Redentor del mundo.

C. Victoria, 2 de Noviembre de 1893.

A MI HERMANO JUAN N. TERCERO,

EN LA SENTIDA MUERTE DE SU ESPOSA

LA SRA. DOÑA MARIA DE JESUS MESA.

¡Murió.....! Cediendo á la postrera pena
 Dió el suspiro postrer.
 Así muere la cándida azucena
 En cerrado verjel.
 Así muere la tórtola inocente
 Con plácida quietud;
 Pero tu alma, oh mujer, voló riente
 A la mansión de luz.
 Ante esa faz do la virtud sublimes
 Bellezas imprimió,
 Oh hermano mío, conmovido gimes
 De incógnito dolor.
 Dolor muy grande, grande sin medida,
 Es al lecho asistir
 De la fiel esposa muy querida
 Que acaba de morir.
 Pero es hermoso, sí, por más que duela
 Sensible el corazón,

Ver esa paz que el justo nos revela
En su postrer dolor.

Es un bálsamo, sí, bálsamo blando
Ponerse á recordar
Cómo el justo pasó la vida amando
A Dios y á los demás.

Angel del bien era tu amable esposa,
De tu hogar el honor.
¿Quién al verla modesta, cariñosa,
Tu suerte no envidió?

Hijas que así con reverente afecto
Honra á su padre den,
Como tu esposa; pocas ví; perfecto
Filial modelo fué.

¡Pobre padre! crecer debe su pena
Al mirar tu dolor;
Su hija estaba de virtudes llena,
Hoy sábelo mejor.

¡Pobres hijos los tuyos si llorando
Por su madre te ven!
¡Cuál sentirán herido el pecho blando!
¡Saben cuán buena fué!

¿Y los que vieron sus floridos días
Con los de ella pasar,
Entre comunes penas y alegrías,
Siempre en fraterna paz.....?

BRUCE BRUCE

Empero, que de Dios sea cumplido
El supremo querer;
Quien esto ha hecho ¿no el Señor ha sido
De todos para el bien?

Doliente esposo, hijos, padre, hermanos,
Que por ella gemís,
A la tumba dejad sus restos vanos;
Los ojos dirigid

A esa mansión, á esa mansión de gloria,
Donde se deja ver,
Radiante con la luz de su victoria
Esa feliz mujer.

Delante el trono con los ojos fijos,
Ella rogando está,
Por hermanos, esposo, padre, hijos,
Al padre celestial.

México, Junio 5 de 1875.

